

LOS DOS HERMANOS GEMELOS Y LA PLANIFICACION (Pequeña fábula con mayor intencionalidad didáctica que moral)

Erase que se eran dos hermanos, Teodoro (*Teo* para los amigos) y Doroteo (*Doro* para los amigos) que, siendo gemelos, años ha que vivían separados y el azar, o el destino, que nunca se sabe, les había empujado a buscarse la vida en actividades distintas. Así pues, mientras que Teo había permanecido en el pueblo, continuando la tradición familiar como carpintero, Doro, mucho más inquieto, marchó de joven a la capital y sin saber muy bien ni cómo ni por qué, empezó a trabajar en lo que en la ciudad se conoce como "animador".

Cada vez que los dos hermanos se juntaban Teo, perspicaz, se mofaba del trabajo de su hermano; entre otras cosas, porque siempre consideró a su gemelo como un personaje más bien aburrido y triste, es decir, poco animado. Ciertamente, para Teo, eso de vivir de la animación era un hecho incomprensible que, desde su lógica, estaba a medio camino del enigma y el camelo.

Un día que Doro subió al pueblo, Teo le encontró más triste que nunca: *Animador desanimado* -le dijo- *¿cómo puedes tu animar al prójimo con esa cara?* Al anochecer empezaron las confidencias: Como dirían en la capital, Doro estaba *hecho polvo*. Se lamentaba de la ausencia de sentido y de resultados en su trabajo. Tantos años luchando para echar adelante tantos proyectos y, mira por donde, jamás se evidenciaban resultados tangibles. Incluso a menudo, cuando todo parecía tomar cuerpo y se dibujaban las metas anheladas, de pronto, *ibadrumba!* Todo por los suelos y vuelta a empezar. En el IMAE ya le decían que era un trabajo duro y que había que combatir los riesgos de incendio personal con astucia; Doro, no obstante, empezaba a quemarse, y una cierta sensación de incompetencia profesional, personal incluso, era en su fuego la más alta llama.

Tras la cena, la sobremesa nocturna devino profética. Sentado en el porche con su silla inclinada hacia atrás, Teo hablaba de su oficio y de su tesoro: el conocimiento como garantía de profesionalidad. Explicó a su hermano como, al empezar a hacer un mueble, era muy importante someterse, como si dijéramos, a un pequeño "chequeo". En primer lugar, verificar la inspiración del artesano y comprobar si es o no un buen momento para la tarea. Seguidamente, revisar el buen estado físico del cuerpo del operario. En tercer lugar, preparar las herramientas y la dotación auxiliar (clavos, tornillos...) precisa. Finalmente, elegir la mejor de las maderas posibles y el resto de materias primas para construir la mejor mesa. Y si, a pesar de todo, la mesa no sale bien, el buen artesano jamás tira la toalla, nunca rompe la baraja. Procura dormir tranquilamente y, al día siguiente, reflexiona sobre cual de todas estas cosas se ha enfocado incorrectamente: quizá no era un buen día, tal vez las herramientas no fueron las adecuadas, a lo mejor la madera... y, vuelta a empezar, sustituye lo necesario para que la mesa salga como el quiere.

Doro le interrumpió enojado: *Sí, entiendo bien todo lo que me dices, pero mira: ¡lo mío tiene poco que ver con éso! Yo soy un profesional sin herramientas, casi casi sin profesión. Podríamos decir que trabajo con mi cuerpo o, incluso, con lo más íntimo de mi ser, la capacidad de convencer al prójimo...*

Seguramente ninguno de los dos hermanos gemelos durmió tranquilo aquella noche. Teo siguió pensando durante mucho tiempo que lo de su hermano no era oficio ni era nada. Más bien eran chifladuras propias de los de la ciudad. Doro, en cambio, intento aplicarse a si mismo la filosofía artesana de su hermano y, hoy por hoy, ha conseguido dos cosas importantes: trabaja mejor, porque sabe alguna cosa más sobre su trabajo, y trabaja más tranquilo, menos angustiado.